

EL PRINCIPE DE VIANA EN CATALUÑA

I.—Alguien podría suponer que se necesita mucha osadía para hablar del Príncipe de Viana, sin ser historiador, ni erudito, ni navarro. Pero yo en lo más hondo de mi conciencia siento que no es un atrevimiento porque sé que el Príncipe de Viana es a la vez un hombre y un mito que nos pertenece a todos, porque sé que si no he tenido la suerte de nacer navarro —que es una de las mejores maneras de nacer en España— he tenido la suerte de nacer catalán —que es otra de las buenas maneras de nacer en el mundo— y sé que Navarra y Cataluña comparten la gloria de haber poseído y haber sido poseídas por este desdichado príncipe y que si Navarra fué su cuna, Cataluña fué su sepultura con aquello que según Unamuno tienen la cuna de ser sepultura y la sepultura de ser cuna.

De otra parte creo firmemente que el no ser historiador ni erudito no me imposibilita estudiar la vida y la muerte de Don Carlos, porque este no ser ni lo uno ni lo otro más bien me facilita presentarme ante él con los ojos, el pensamiento y el corazón de un médico que a veces es precisamente lo que necesita la historiografía; es decir, un saber ver la vida más allá de la muerte, un saber comprender lo que ya hay de muerte en la misma vida.

Quizá cabría objetarme que es un tanto ridícula esa pretensión que a veces tenemos los médicos de querer diagnosticar las enfermedades de los hombres del pasado cuando tantas veces no acertamos a diagnosticar las de los hombres del presente, pero yo diría en este caso que aquel supuesto de que el médico solo ha de diagnosticar enfermedades procurándoles un remedio ya ha sido superado y que hoy al médico no le interesa sólo ver enfermos sino que le interesa ante todo conocer al hombre en su nacer y su crecer, en su venir de un pasado e ir hacia un futuro, en su no sólo ser un cuerpo sino también un espíritu y una alma, en su llevar un mundo interior y en su estar en un mundo exterior.

Cuando el hombre es visto, comprendido y amado de esta manera es cuando comienza a poder ser entendido y ayudado en su nacer, su vivir, su enfermar y su morir. Cuando el médico ve, comprende y ama de esta manera, ya no es sólo aquel a quien consultamos sobre nuestra enfermedad y de quien consultamos sobre nuestra vida y de quien esperamos una compañía para seguir andándola.

Cuando al hombre se le comprende y se le ama empezamos a ver claro que su enfermedad no sólo tiene un porqué y un *cómo* sino también un para qué. Es decir nos damos cuenta de que su enfermedad tiene un sentido y entonces alcanzamos ver más claras las palabras de San Juan en su capítulo noveno: «y respondió Jesús: ni él ni sus padres han pecado sino que su enfermedad es para que las obras de Dios sean en él manifiestas.»

He aquí lo que voy a intentar con Don Carlos, Príncipe de Viana, Primogénito de Aragón, Lugarteniente de Cataluña; buscar su porqué, su cómo y

su para qué. Ya sé que lo conseguiré en una medida muy escasa, pero puedo aseguraros que en todo momento procuraré tener presentes estas palabras que San Pablo decía a los Efesios en su primera carta: «Os rogamos que corriáis a los inquietos, consoléis a los pusilánimes, soportéis a los débiles. Miradlo todo y retened lo que sea bueno.»

II.—Os ruego ahora que en un esfuerzo de imaginación que no sobrepase los límites de la prudencia y prescindiendo de todo orden en el tiempo y en el espacio —que esta vez juzgo admisible puesto que vamos a hablar de seres que ya pertenecen a la Eternidad— me sigáis en mi enfrentamiento con un ser doliente que llama a mi puerta.

— 1 —

Es un hombre que si por su aire cansado, por la delgadez de su cuerpo, por la languidez de su rostro parece que ha doblado muchas esquinas, por su aspecto de ensueño, por su porte de estudiante eterno parece aún algo joven.

El me dice que tiene cuarenta años. Hace pocos meses que los ha cumplido. Y también hace pocas semanas que ha visto cumplido uno de sus anhelos. Esto no me lo dice él, por qué no le gusta hablar demasiado de sí mismo, pero yo lo sé porque lo sabe todo el mundo.

Parece que haya leído el Hamlet, el Hamlet que aun no se ha escrito, y que deambule como una sombra dando rodeos al rosario de sus dudas.

—Yo había nacido para poeta —me dice—; siempre he vivido rodeado de libros, he pasado largas horas de mis noches en Olite, en París, en Nápoles hablando con los poetas, con Teodoro Gaza, el aristotélico, con Ausías March, el maravilloso, hasta que las estrellas se han ido apagando, y he leído las estrofas prodigiosas de Roic de Corella y de Jordi de Sant Jordi. Yo había nacido para poeta y no he podido serlo de una manera completa. Mis libros los he escrito cuando estaba prisionero, encerrado en algún castillo, y cuando he sido libre he tenido que ir y venir huyendo, peleando, muriendo. Yo había nacido para soñador y he tenido que vivir siempre despierto. Estoy cansado, terriblemente cansado. Siento dentro de mi pecho algo como si se me estuvieran deshilacliando las entrañas, como si se me estuviera ahogando la vida.

Calla él, callo yo y con sus ojos parece que agradece mi silencio. Pero sus labios vuelven a musitar las mismas palabras: —estoy cansado, terriblemente cansado!

Y luego comienza a explicar su vida, o lo que él cree que es su vida y acaba diciéndome:

—Yo creía, porque me lo habían dicho, y también, os lo confieso, porque me hacía ilusión, yo creía que había nacido para rey y ya lo veis, sólo he conseguido ser medio rey en dos reinos!

III.—Pero no, que calle, que no se esfuerce porque su pecho se hace más jadeante y sus ojos se tornan más relucientes. Ya os la explicaré yo, Don Carlos, ya os la explicaré yo vuestra vida. Voy; sólo indicadme cuando yerre, cuando confunda los caminos.

Nacisteis en una primavera, la del año 1421, en un castillo que aun almacenaba el frío del invierno y el hielo de unas bodas que se celebraron en Pamplona entre la hija de un rey de Navarra, y el segundón de una familia castellana. Poco amor aportaron los dos a la noche de vuestro comienzo. Ella había tenido una niñez triste al lado de una madre poco inteligente, demasiado agria y un tanto voluble. Era mayor que él y ya era viuda de un primer matrimonio sin fortuna. El, con un pie en todos los caminos de Navarra y de Aragón, pero con su cabeza y su afán en Medina del Campo, no se había conformado con ser un segundón y al igual que sus hermanos menores, alzó la gran polvareda de los Infantes de Aragón que querían ante todo ser los señores de Castilla. Y porque no podía, porque en Castilla reinaba su primo Juan II, porque su hermano mayor, Don Alfonso, era rey de Aragón y gastaba sus magnanimidades en Nápoles, él quiso ser rey de algún sitio, aunque sólo fuera rey consorte, y se casó con vuestra madre. Doña Blanca de Navarra, triste solitaria que por ser reina y por ser mujer enfermiza no pudo prestaros aquel sostén que todos hemos ansiado de nuestra madre cuando éramos niños. Tampoco Don Juan, vuestro padre, atareado con sus intrigas de castillo en castillo, con sus peleas en Olmedo y en Jadraque, pudo ser vuestro guía. Y vos, Don Carlos, hubisteis de formaros solo entre las paredes de vuestro castillo, entre los libros de vuestra biblioteca, entre los lebreles y los pájaros de vuestro jardín.

Sí, vuestra infancia fué truncada, como lo fué la de vuestra madre, como lo fué la de vuestro padre, que con su desdicha o con su ajeteo no consiguieron ser todo lo niños que les hubiera sido conveniente. Mala es la niñez de los hijos de los que no han sido niños.

Claro, ya lo sé, vos me diréis que si bien os faltó la guía de vuestro padre, mala hubiera sido de haberla tenido. Sí, sí, tenéis razón, pero olvidad vuestros rencores, os lo ruego. Ciertamente, para vos Don Juan no hubiera sido un excelente guía, ni mediano siquiera. Yo no creo que haya sido tan malo, tan malo como dicen los que lo llaman Juan sin fe. Pero no fué bueno y la guía que os hubiera dado, si hubiese querido vivir a vuestro lado, hubiera sido muy mala. Pero mirad que muchas veces es preferible tener un padre malo que no tener ninguno. A veces los hijos consiguen ser algo porque en la guía de su padre ven el espejo que les da la imagen de lo que no han de ser ellos.

Tranquilizaos Don Carlos; ya sé lo que vais a decirme, lo que tantos os echan y os echaran en cara: que los hijos se asemejan a los padres y que vos sois dos veces Trastámara. Pero lo sois de una manera muy distinta a como lo es vuestro padre. Además pensad que vos habéis nacido en un momento que en vuestra estirpe y en el mundo que vivís va a producirse una mutación extraordinaria.

En vuestro mundo se está acabando el medioevo y comienza el empuje renacentista. ¿Os extrañan estas palabras? Claro, sí, un poco. Nosotros las usamos todos los días y nos sentimos muy satisfechos con ellas. Vosotros sois más naturales y más directos y con vuestros versos, vuestros libros, vuestras colecciones de medallas, estáis haciendo renacentismo sin saberlo. Vos tenéis la cabeza en Aristóteles a través de esa traducción latina de Leonardo de

Arezzo, pero tenéis el corazón en el nogal de vuestro patio en Olite, donde os encaramabais para recitar vuestras poesías como los trovadores.

IV.—Y en vuestra estirpe también se está produciendo una mutación, un gran salto. No un salto atrás como os diría tal vez alaguno de mis colegas, sino un salto hacia adelante, porque cuando las cosas llegan hasta lo más hondo Dios les da un tirón y vuelven al buen camino.

Tenedlo presente; vuestra estirpe comienza con un bastardo tan cruel como el Pedro que asesina, y en el retablo que Pintaron Pedro y Jaime Serra, su hijo Juan I tanto parece hombre como mujer, y su hermana, doña Leonor, la que fué vuestra abuela, anduvo un tanto trastornada. Después le siguen Enrique III, que por algo fué llamado el Doliente, y un Juan II que, desde su torre del Alcázar de Segovia sucumbe con su insuficiencia ante los dictados de Don Alvaro de Luna. Y luego Enrique IV, esa terrible desdicha, ante la cual el alma se acongoja al contemplar tanta miseria.

Y de golpe, dentro de esta misma generación, aparecen los dos hermanos Isabel y Alfonso, vuestros dos primos tan enteros tan distintos de los otros. Vos no sabéis a lo que llegará ella; yo sí que lo sé: lejos, muy lejos. Y vos que quisiérais casaros con ella, pertenecéis a su estirpe y un poco a su manera de ser distinta de los otros.

Pero vos seguís pensando en vuestro Aristóteles y encaramado en vuestro nogal cantando vuestras canciones. Aristóteles y el nogal. Tenedlo presente, siempre entre dos polos. Beamonteses y agramonieses. Navarra y Cataluña. Siempre entre dos intereses, entre dos estímulos, entre dos oposiciones. Siempre dando rodeos a vuestras dudas. Ser o no ser como este Hamlet que aún no se ha escrito, pero que lleváis siempre dentro.

Ya lo llevábais a los dieciocho años cuando os casásteis con Inés, la hija del Duque de Cleves. Vos la amásteis y vivisteis con ella cálidamente, pero antes de que os diera hijos vino el hielo de la muerte y la llorasteis amargamente en Olite y en Sangüesa y comenzaron las luchas con vuestro padre, a quien casi no conocíais. ¿Eras vos mismo el que luchaba? ¿No eran los otros que os empujaban a su bandería? Vos estabais con Aristóteles y con las trovas y dejabais que os empujaran Don Alvaro de Luna y el Marqués de Villena, Don Juan de Beaumont y Don Pedro de Navarra. Siempre con la cabeza en un sitio y el corazón en otro, siempre con un pie en un camino y el otro pie en otro camino. ¿No os dabais cuenta cuando estabais en vuestra tierra que erais le juguete de dos banderías, que eran los del llano contra los de la montaña, que eran los de Castilla contra los de Aragón?

Pero yo no quiero hablaros de vuestra Navarra. Quiero hablaros de mi Cataluña donde vinisteis después de pasar el rosario de vuestras dudas en la Corte de Carlos VII de Francia, y en la corte napolitana de vuestro tío Alfonso. ¿Por qué vinisteis aquí con nosotros, a buscar vuestra desdicha? ¿Por qué vinisteis, vos que me decís que vuestras entrañas se están deshiliando, a este país que a veces se entretiene en deshilar lo más recóndito y lo más íntimo? ¿Que no os dais cuenta de lo que tiene Cataluña de paradoja? Vos habéis vivido en el reino de Navarra y en el de Nápoles y habéis pasado por el de Mallorca y sabéis que hay un reino de Valencia y caminais hacia el de Aragón. Y entre todos estos reinos, Cataluña que ha forjado tantos

reinos, que ha sido la cuna de grandes reyes, en su gusto por los distintos, se entretiene llamándose a sí misma solo «principado».

¿No os lo han dicho a vos, que huísteis de beamonteses y agramonteses, que aquí en Barcelona hay la Busca y, la Biga, dos facciones que se odian y se persiguen? La Busca capitanea desde el Municipio. La Biga, desde la Generalidad. Las dos son banderías como las de Navarra. La Busca son loa del llano. La Biga, loe de la montaña.

Pero me doy cuenta de que voy demasiado aprisa y de que yo también, tal vez, me exalto. Voy a explicároslo más despacio, quietamente. En mi ciudad y en mi Poblet vivió el último rey de nuestra dinastía, Martín el Humano, que murió de haber comido pato en exceso y se marchó del mundo sin dejar testamento. Entonces vino a reinar vuestro abuelo Fernando, el de Antequera, porque era hijo de Leonor de Barcelona, proque era partidario del Papa de Aviñón y porque así lo quisieron los compromisarios de Caspe.

Y ahora reina su segundo hijo, vuestro padre, Juan de Medina del Campo, el de la batalla de Olmedo. Juan II de Aragón, que, como vos mismo, también está en una situación de tránsito y tampoco lo sabe.

V. — Oh, sí, don Carlos, yo esto lo sé porque lo veo con una perspectiva que vos no tenéis ni podéis tenerla. Estamos en los albores de un tipo nuevo de autoridad. La Monarquía Absoluta.

Hasta ahora el rey era un señor entre los señores. Vuestro padre comienza a ser un señor con el pueblo y por encima de los señores. Y aquí en Barcelona el pueblo está en la Busca, que son los menestrales y los pequeños mercaderes, y en el campo, el pueblo son la gente de la gleba, los remensas a quienes vuestro tío Alfonso V ya ha otorgado hace tiempo el derecho a sindicarse. En la Generalidad están los de la Biga, los obispos y los canónigos, los Maragarit y los Cabrera, los Desplá y todos los señores que no se conforman con que el rey sea algo más que un señor entre los señores. Por esto están contra vuestro padre don Juan y os llaman Caries, primogenit d'Aragó, lloctinent de Catalunya. Os halagan, os miman. Son vuestros partidarios como lo serán después de quien sea que puedan contraponer a vuestro padre, al rey de Aragón. El rey que gobierna demasiado, que gobierna por su cuenta, que está creando —tal vez sin saberlo— un tipo nuevo de monarquía que pronto implantarán todos los reyes de Europa.

Sí, vuestro padre también es un juguete de lo que el mundo, con su reloj inexorable, impone. Pero él se mueve porque quiere, porque siente la pasión del mando. A vos os mandan, os mueven; los de la Busca y los de la Biga. Los de la Busca, no en contra de vos, sino a favor de vuestro padre. Los de la Biga, no a favor vuestro, sino contra vuestro padre. Vos seguís siendo un soñador que ha de vivir despierto. Entre la Etica de Aristóteles que habéis traducido al castellano y que Isabel de Castilla ya está leyendo, entre la Etica y vuestras ganas de encaramarse al nogal de vuestro Olite y volver a recitar vuestras trovas. Soñáis despierto y por esto no os dais cuenta de lo que se esconde en este recibimiento que os hace Barcelona. Estáis asombrado de tantas damas, tantos señores, tanta gente por las ventanas y las encrucijadas, aclamándoos, vitoreándoos, agitando sus pañuelos bajo un cielo azul y un sol rutilante. ¡Ah, si lo supierais, lo que son estos recibimientos de Barcelona,

lo que representan, qué signo de contradicción llevan en su anverso! No os fiéis demasiado, mañana mismo podrían recibir a otro con igual alborozo. No os ñéis, porque vos —y os lo digo en elogio—, en el fondo de vuestras ansias y de vuestras ambiciones, lleváis un gran ingenuo.

¿Que no lo comprendéis que ha sido una ingenuidad acudir a Lérida a la llamada de vuestro padre y por el camino intrigar con los emisarios de quienes en Castilla representan los intereses opuestos a los de vuestro padre?

—Ah, sí —me diréis—; pero ¡quién lo iba a creer que mi padre cometería este error de hacerme preso y mandarme encerrar en un castillo!

Sí, un error grave, tremendo, del que se arrepentirá, no por remordimiento, sino por lo mal que le está saliendo. Pero no cometáis el error de suponer que vuestro padre no puede cometer yerros. Ya estáis en la cárcel, en Morella, ya os trasladan a Monroy, y los obispos y los nobles de la Generalidad se levantan en armas por vos y contra vuestro padre. Ya está aquí la guerra civil. Y unos pelean con las armas, y otros con la pluma, y Joan Berenguer de Masdovelles, poeta al servicio de quien mejor le paga, dice en sonoros versos catalanes:

«cuánto dolor ha pasado el rey
de prender el hijo»...

Y Joan Fogacot, otro poeta y notario, afirma lastimeramente que:

«con gemidos grandes, llantos y suspiros mortales
oí la gente dolerse por las carreras»...

Y téticamente va expresando el dolor de la gente por vuestra prisión, y de vez en cuando, perdiendo el sentido de la proporción y de la medida, interrumpe su verso catalán para proseguir gimiendo en latín bíblico:

«et videte si est dolor, sicut dolor meus»...

¿No os parece que exageran un poco uno y otro? ¿No es la cárcel de estos versos y estas luchas más estrecha que la del castillo de Monroy, que aprovechasteis aún para escribir vuestra «Crónica de los reyes de Navarra»?

Ah, que por fin ya os liberan vuestros partidarios y haréis otra entrada en Barcelona, más ruidosa aún que la primera, pero con un ruido de voces cascadas por el odio y el resentimiento. Ya ha firmado vuestro padre las capitulaciones de Villafranca. Ya podéis usar el título de primogénito de Aragón. Ya sois el lugarteniente de Cataluña. ¿Y ahora, qué?

—¡Ah, pues ahora... a esto he venido porque me siento cansado, terriblemente cansado!

Don Carlos me mira y pasamos un largo rato sin decimos nada, pero diciéndonos mucho. El, con el temblor de su mano que estrecha la mía. Yo, con el rubor que siento sobre mis mejillas porque me doy cuenta de que he hablado demasiado, de que he ido demasiado lejos.

Pero el príncipe, mirándome aún más fijamente, añade:

—Tal vez estéis en lo cierto. Ni yo mismo sé lo que me ha ocurrido. Sólo sé que la cuerda por donde paso está demasiado tensa.



Lámina I



1 2



3 4



Figura I, Barcelona, Capilla de Santo Agueda. Retablo del Condestable. Huguet.
Figura II, Barcelona Museo. San Jorge. Huguet.
Figura III, Barcelona Museo. San Jorge. Huguet, detalle.
Figura IV, Berlín Kaiser Friedrich Museum. San Pablo. Huguet.



2



1



3

Figura I, El Salvador con el donante. Berlín Kaiser Friedrich Museum. Huguet.
Figura II, San Pedro. Berlín Kaiser Friedrich Museum. Huguet.
Figura III, el Obispo con la esposa del donante. Berlín Kaiser Friedrich Museum Huguet.

—Ciertamente, y debéis aflojarla. No podéis vivir de esta manera. Nuestra intimidad, cuando se siente demasiado atada a las fuerzas que de ella tiran, aguanta un rato, pero no puede aguantar siempre, porque, al fin, la cuerda se rompe.

—Oh, sí —me responde el príncipe—, y esto es lo que me está ocurriendo. Siento que dentro de mí algo se rompe. Siento la necesidad de un refugio donde nadie me mire con los ojos de la exigencia. ¡Tal vez tengáis razón cuando me decís que yo he sido un niño desamparado!

—¿Por qué no volvéis a vuestro Aristóteles? Allí encontraréis el refugio que anhelaís.

Don Carlos se levanta con un gesto de duda, pero alza los ojos, me mira y, dirigiéndose a la puerta, me dice:

—Vos me aconsejáis que vuelva a Aristóteles. Os lo agradezco. Es lo que deseaba que me dijerais. Precisamente hace unos días he comenzado la redacción de un tratado de moral. Ya tengo escritas algunas páginas.

¡Pobre príncipe de Viana! Ahora, que ya no estás en mi presencia, te lo digo: has comenzado a escribir un tratado de moral, pero no lo acabarás con tu pluma, sino con tu bondad y tu desdicha. Con otra pluma muy parecida a la tuya Guillem Gibert, otro poeta, el 23 de septiembre de este año 1461 comenzará a escribir patéticamente estos versos:

«Ab dolor gran e fora de mesura
vull jo dir part d'una trista mort»...
«Con dolor grande fuera de medida
quiero hablar de una triste muerte»...

VI. — El príncipe de Viana ha terminado su vida, pero no su desdicha. Sigue la bandería, prosigue la lucha, y la guerra civil no apaga su rescoldo. Ahora, Carlos, tu nombre no suena tanto en las disputas, pero aún te levantan como una bandera. Y esta bandera contra tu padre, ahora los catalanes la ofrecen a Enrique IV de Castilla. —¿A Enrique IV? —Sí, a Enrique IV. Que afrenta a tu nombre y a tu memoria, ¡qué afrenta a lo que ha sido Cataluña! Tú fuiste un hombre lleno de dudas, de inseguridades, de contradicciones, como tu primo y ex cuñado Enrique; pero tú eras un hombre puro, limpio, y Enrique es un hombre nauseabundo, maloliente. Tú no acertabas hacer lo mejor, pero él siempre acierta hacer lo peor. Tú fuiste el juguete de los demás y de tus circunstancias, pero en tu mismidad había el canto de un poeta, la luz de un soñador, la grandeza de un artista. El también es el juguete de los Villena, de los Girón, de los Beltrán de la Cueva; pero además lo es de sus pasiones mezquinas, de sus vicios tenebrosos, de su impotencia, tanto más espiritual que corpórea. ¡Y éste es el sucesor que te ofrecen para proseguir las luchas comenzadas en tu nombre!

Suerte que el indeciso Enrique, luego de decir que sí, vuelve atrás, como siempre, y dice que no y se queda en su Castilla blasfemando con sus compañeros de iniquidad.

Suerte también que desoués de Enrique te buscan un sucesor más digno, mucho más digno: don Pedro, el condestable de Portugal, que desembarca en Barcelona para ser nuestro rey. Pero al poco tiempo ya se muere en Gra-

nollers, dejándonos tan sólo —aunque ya es bastante— el magnífico retablo de la Adoración de los Reyes, que había encargado a Jaime Huguet y en el que aparece el mismo condestable en la maravillosa figura de uno de los Reyes.

Y sigue la bandería, y ahora es tu medio hermano Fernando el que te pisa la lugartenencia y el que te pisará más tarde la novia mientras los rebeldes han elegido René de Anjou, que más prudente de lo que tú has sido, más cauteloso, no se acerca por Cataluña y sólo manda a sus secuaces, entre los que cuenta un corsario que ha navegado por todos los mares y se llama Colón y luego habrá de esconder su origen, cuando apagadas las luchas pedirá a Fernando los permisos y los dineros para su gran viaje al nuevo mundo.

Príncipe de Viana: ha terminado tu nombre, pero ha comenzado tu mito. Tus partidarios, tus exaltados y exaltadores catalanes, intentarán empujarte hacia los altares. Ya tienes uno en los claustros de la Seo de Barcelona; ya a los tres meses de tu muerte la ciudad de Vich, movida por su cabildo, te dedica grandes fiestas y las anuncia en «lor del glorioso San Carlos, primogénito de Aragón».

Oh, príncipe, no te extrañes demasiado de tus entusiastas catalanes. También en Corella de Navarra, el maestro de Alfajarín ha pintado un retablo de San Sebastián, en el que apareces en la figura del Santo. Y el conde de Cifuentes, Alonso II, deja dicho en su testamento que te levanten un altar en su iglesia. Y el mito prosigue: tu cuerpo, que descansaba, al fin, en el presbiterio de la Catedral de Barcelona, por orden de tu padre se lo lleva el abad Miguel Delgado para enterrarlo en Santa María de Poblet. Y cuando ya han pasado más de ochenta años de tu muerte, un brazo de tu cuerpo vuelve a Barcelona, al Priorato de Nazaret, y un dedo de este brazo va al Priorato de San Vicente, en Valencia. No toda la culpa es de los catalanes y de los valencianos. También los franceses tienen la suya. Tú eres descendiente de lo» Evreux que vinieron de Francia para reinar en Navarra y es tradición de los reyes de Francia creer que curan la escrófula colocando su brazo sobre el que la sufre. Por eso tu brazo va y viene.

Pasarán los años y llegará la hora del romanticismo, que con su exaltación de tipo burgués hace la historia a su gusto y dará a tu figura unos tonos que no tuvo nunca y hablarán de ti como de una víctima de Juana Enríquez, que fué una madrastra como otra cualquiera, y vendrá la leyenda del veneno y dirán que tú eras un antiaristócrata y un representante del pueblo contra la monarquía, y el romanticismo con su ilusionismo y su confusión de lo sensato con lo insensato desembocará en el revolucionarismo y nos dedicaremos entre todos al triste deporte de quemar conventos para reedificarlos después y volverlos a quemar de nuevo. Y en una de estas quemas tu cuerpo será zarandeado en Poblet y en otra tu brazo —que ya no estaba en Nazaret, sino en Vallldoncella— desaparecerá ya para siempre.

También tu recuerdo irá desapareciendo. De vez en cuando te recordará un poeta, o un pintor dado a lo histórico, o un erudito polvoriento. Hoy es un médico el que te recuerda e intenta penetrar en tu entraña sin conseguirlo. Pero si no lo consigue es por escaso entendimiento, no por escaso amor. Yo he intentado conocerte amándote y amando tus cosas.

Yo he rezado ante tu Santa María de Olite y he pasado largas horas junto a los lugares de tu sepultura en Santa María de Poblet y he deambulado un poco errabundo como tú por los rincones de la ciudad que te aclamó tantas veces, cerca de los campanarios ágiles como un ciprés, cerca de los campanarios que asoman entre las magnolias y los arquitrabes, intentando reproducir en mi intimidad tus vivencias de poeta, de enamorado, de coleccionista, de medio filósofo.

Y muchas veces me he acercado a la tabla central del tríptico de San Jorge pintado por Jaime Huguet que se guarda en nuestro museo y he contemplado pausadamente, con devoción minuciosa el rostro y el gesto del Santo. ¿Es realmente tu retrato? Así comenzó a decirse entre nosotros cuando ya estábamos de vuelta del romanticismo y nuestros eruditos se tomaban más objetivos.

Jaime Huguet nació en Valls, en la misma ciudad que mi padre, y vino a Barcelona porque los gremios más poderosos, los de la Biga precisamente, tenían la costumbre de encargar grandes retablos a los mejores pintores de la época. Huguet estaba ya en Barcelona antes que tú llegaras, don Carlos, y el retablo de San Jorge coincide, por su fecha, exactamente con los años de tu augusta presencia. Luego sabemos que formó parte de la corte del condestable don Pedro, tu sucesor. Si estuvo en la corte de don Pedro, también, pudo estar en la tuya. Esto lo sabes mejor tú que no yo, pero no puede cabernos la menor duda de que te vió y te vió de cerca y de que si en un retablo puso la figura de don Pedro en la figura de un Santo Rey, más podía poner tu figura en la figura de San Jorge, San Jorge, el gran símbolo de lo consciente luchando contra lo inconsciente.

Contemplemos el retablo. Las partes laterales están en el museo Kaiser Friedrich de Berlín. Aquí tienes la imagen de San Pedro con las llaves. No es un rostro cualquiera, no está hecho siguiendo unos cánones que sirvan para todos los rostros, como han venido haciendo hasta ahora tantos retablistas.

Mira, tal como ocurre en la realidad, la distinta expresión de los dos ojos. El izquierdo, un tanto receloso; el derecho, más confiado. Mira la bondad que expresa el surco de la mejilla. Fíjate en la mezcla de jovialidad y contención de la boca. No es un rostro inventado según unas maneras. Es un rostro vivo, convivido, de un ser de carne y hueso que ha posado unas horas frente al pintor.

Y mira ahora el San Pablo con la espada y el libro de sus epístolas. No se parece en nada a San Pedro. Es otro hombre. Fíjate en la tristeza del ojo izquierdo. Mira la penetración del ojo derecho. Una cierta amargura en la boca. Tampoco es un rostro inventado pensando en un Santo inconcreto: es el rostro concretísimo de alguien visto y revisto por el pintor y que ha llegado a conocer con su intuición de artista.

Y contempla ahora el Salvador y la figura del donante. Dos rostros distintos entre sí, distintos a los de San Pedro y San Pablo. Tenlo presente: Huguet no es un pintor manierista. En él cada figura es distinta, tiene su personalidad. Fíjate en el donante con sus cejas que denotan la atención del que está representando conscientemente su papel, fíjate en la boca rectilínea del hombre que sabe dominarse. Cuántos como éste —tal vez sus descendientes—

andan aún por Barcelona y dirigen una empresa, una compañía, y firman las cartas con un signo categórico.

Y mira ahora la esposa del donante con el obispo que la acompaña. Otros dos rostros distintos a los demás. Fíjate en ella, cómo tiene el aire de esas mujeres que representan un papel sin entenderlo pero con la dignidad que les otorga el convencimiento de que han de representarlo. Mira su gesto, su actitud, su posición de la mano, tan personales, tan de ella misma.

No, Huguet no pinta sobre moldes preconcebidos, pinta sobre modelos vivos y los pinta en su inmediatez, escogidos en sus cercanías, entre la gente que le es conocida.

Por esto San Jorge tiene este aire de un ser distinto a los demás. No tiene el aire del San Pedro, ni el talante del San Pablo, ni la expresión del donante, ni la actitud de la dama arrodillada. Es él. él sólo, toda una persona, viva, sentida, plenamente conocida.

Fíjate en la infinita tristeza del ojo izquierdo del Santo. Es tu misma tristeza, príncipe de Viana; la tristeza del niño sin protección, la tristeza del viudo de Inés de Cleves, la tristeza del que ha de luchar contra BU padre.

Contempla el ojo derecho con una mezcla de nostalgia y de esperanza. Tu nostalgia de Navarra, tu nostalgia de la realeza, y tu esperanza de ser aun alguna cosa. Y mira ahora las cejas: son las tuyas propias, las que acentúan BU arco demostrando la viveza, la atención de tu inteligencia, pero que convergen hacia la nariz, no para hacer el pliegue del esfuerzo, sino el pliegue de la duda. De tu duda constante, de tu ser o no ser.

Y la boca con el labio superior resignado, contenido, y el labio inferior malhumorado, un tanto enojado, comenzando casi la mueca del niño que hace pucheros; ¿no es tu misma boca, la del hombre que ha tenido que contenerse ante los demás hombres y ante las circunstancias; no es tu misma boca del niño desamparado, desazonado, entristecido, a punto de comenzar un llanto?

Y fíjate en la oreja: ¿no la ves un poco rara? No es que esté mal lograda; Huguet era un gran dibujante y en toda la imagenería que de él conozco no hay otra parecida. Además, tengo que decírtelo, esta oreja la he visto muchas veces en mi consulta y, a mi entender, revela un rasgo morfológico bastante frecuente en las constituciones más propensas a las neurosis. Y tú fuiste un inadapado a tu perimundo, a tu circunstancia; un inadapado a tu época de tránsito, un inadapado a tu padre. Y por esta inadapación sufrió tu alma y tu espíritu y tu cuerpo. Sufriste en tu mismidad. Y en el momento que la dicha parecía sonreírte un poco, en el momento que tu padre atenuaba su tirantez y alcanzabas la lugartenencia, para que no pudieras darte cuenta de que eras un inadapado a ti mismo, vino la tuberculosis y se te llevó del mundo.

—Entonces ¿yo fui un neurótico?

—Oh, yo no puedo darte ningún diagnóstico. Tú has llamado a mi puerta y me ha ocurrido contigo lo que me ocurre siempre con los seres que llevo a amar de una manera u otra: que ante mí dejan de ser un diagnóstico. Son una persona. Yo no sé lo que fuiste, ni quiero saberlo. Sólo eres don Carlos, el príncipe de Viana. Una persona que cruzó por las mismas calles y tumbó las mismas esquinas por donde yo tantas veces paso; una persona que amó

la misma poesía que yo amo y que se fué a meditar en los mismos rincones donde yo medito.

Quiera Dios que cuando llegue mi hora nos encontremos otra vez, no a través de mi imaginación, un tanto exaltada, como la de todos los catalanes, sino a través de la realidad de la Comunión de los Santos. Yo sólo quisiera que me recibieras allí con una sonrisa. Con una sonrisa como la de los gloriosos Y tú lo eres; no porque lo digan los de la Biga, no porque lo proclamen los beamonteses, no porque lo quieran tus partidarios o los enemigos de tu padre, sino, mucho más simplemente, porque estás en la Gloria.

Marzo de 1955.

Jerónimo de MORAGAS